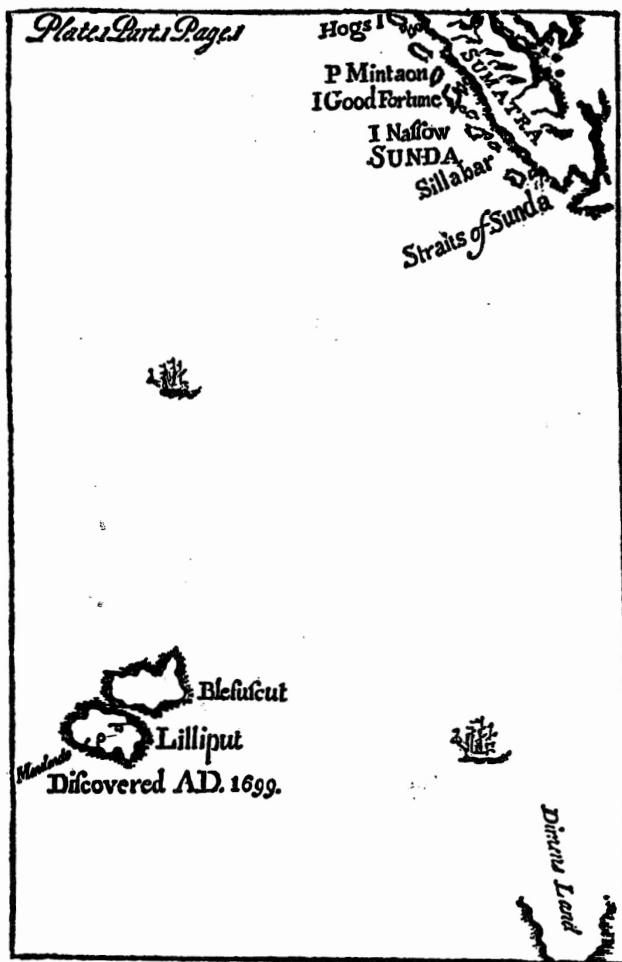


Viajes de GULLIVER

Austral Intrépida

PRIMERA PARTE

VIAJE A LILIPUT



CAPÍTULO 1

*El autor da razón de sí mismo y de su familia:
primeras inclinaciones a los viajes. Naufraga
y se salva a nado, arribando al país de Liliput.
Lo hacen prisionero y lo conducen tierra adentro*

Mi padre tenía una pequeña hacienda en el condado de Nottingham y yo era el tercero de cinco hijos varones. Cuando cumplí los catorce años me envió a Cambridge, donde me alojé en el colegio Emanuel. En él residí tres años entregado con aplicación al estudio. Pero aunque el dispendio era modesto, el coste de mantenerme allí, dada la reducida fortuna disponible, era excesivo, y así, me contrataron de aprendiz con Mr. James Bates, eminente cirujano de Londres, con quien pasé cuatro años. Las módicas ayudas pecuniarias que de vez en cuando me enviaba mi padre las aplicaba al estudio de la navegación y a adquirir otros conocimientos matemáticos útiles a quienes pretenden dedicarse a los viajes, como yo, ya que siempre había pensado que ése, más pronto o más tarde, iba a ser mi destino. Cuando me despedí de Mr. Bates, volví a casa de mi padre, donde con su ayuda, la de mi tío John y otros parientes reuní

cuarenta libras y recibí la promesa de treinta más al año para sufragar los gastos en Leyden, donde estudié Medicina dos años y siete meses, convencido de que iba a serme útil en las largas travesías.

Poco después de mi regreso de Leyden mi buen maestro, Mr. Bates, me recomendó para médico-cirujano del *Golondrina*, al mando del capitán Abraham Pannell, con quien estuve tres años y medio, durante los que hice uno o dos viajes al Levante¹ y otros lugares. Al volver a la patria decidí afincarme en Londres, a lo que me animó mi antiguo maestro Mr. Bates, quien me facilitó además varios clientes. Me quedé con parte de una casa pequeña en la Antigua Judería y, habiéndome aconsejado él que cambiase de estado, me casé con Mary Burton, hija segunda de Mr. Edmund Burton, calcetero de la calle Newgate, la cual trajo al matrimonio cuatrocientas libras de dote.

Pero muerto mi buen maestro dos años después y carente yo de muchas amistades, la clientela empezó a mermar, pues mi conciencia me impedía imitar las malas prácticas de muchos de mis colegas, de suerte que después de consultar con mi mujer y algunos conocidos, resolví volver a la mar. Fui, sucesivamente, médico de dos barcos y durante seis años hice varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales que reportaron algún beneficio a mi fortuna. Las horas de ocio las dedicaba a la lectura de los buenos autores, antiguos y modernos, ya

1. Países e islas del Mediterráneo oriental.



que siempre estuve provisto de un buen número de libros; cuando estaba en tierra observaba el comportamiento y el carácter de las gentes y aprendía su lengua, para lo que tenía gran disposición, debido a mi excelente memoria.

Pero como el último de estos viajes no fuera muy afortunado, me sentí hastiado del mar y me dispuse a asentarme en Inglaterra con mi mujer y familia. Me mudé entonces de la Antigua Judería a Fetter Lane y de aquí a Wapping,² esperando encontrar clientela entre los marineros, pero la fortuna no parecía acompañarme. Después de esperar tres años que la suerte cambiara, acepté una oferta ventajosa del capitán William Prichard, que mandaba el *Antílope* y que iba a hacer un viaje al mar del Sur. Zarpamos de Bristol el 4 de mayo de 1699 y la travesía al principio fue muy favorable.

Sería inoportuno, por varias razones, abusar del lector con los pormenores de nuestras aventuras en aquellos mares; baste decir que al dirigirnos desde allí rumbo a las Indias Orientales una violenta tempestad nos arrastró al noroeste de la Tierra de Van Diemen. Al observar la posición, descubrimos que nos hallábamos a treinta grados y dos minutos de latitud sur. Doce hombres de nuestra tripulación habían muerto de fatigas y mala comida y los demás se hallaban muy mermados de salud. El 5 de noviembre, a comienzos del verano por aquellas latitudes, con una densa bruma, los vigías vislumbraron

2. Zonas próximas al Támesis, en la orilla izquierda del río.



una roca a medio cable³ de distancia del barco, pero el viento era tan fuerte que nos lanzó violentamente contra ella y el barco se partió. Seis tripulantes, entre ellos yo, después de arriar el bote al agua, hicimos maniobra para alejarnos del barco y la roca. Calculo que remamos unas nueve millas hasta que nos sentimos incapaces de seguir, pues ya en el barco habíamos quedado agotados de fatiga. Nos abandonamos a merced de las olas y media hora después una repentina ráfaga del norte nos había volcado el bote. No sé decir qué fue de los que me acompañaban en éste ni de los que se salvaron en la roca o quedarán en el barco, pero supongo que todos perecieron. En cuanto a mí, estuve nadando al azar, dejándome llevar por el viento y la marea. Trataba una y otra vez de tocar fondo sin conseguirlo, pero cuando ya estaba casi sin fuerza incapaz de seguir luchando, noté que podía hacer pie y que la tempestad se había calmado bastante. El declive era tan suave que hube de caminar casi una milla antes de alcanzar tierra seca. Debían de ser las ocho de la tarde. Luego seguí avanzando cerca de media milla, sin poder encontrar indicios de habitación ni de pobladores o, al menos, mi estado de agotamiento no me permitió advertirlos. Me sentía extenuado, lo cual, añadido al calor reinante y sobre todo al cuartillo de aguardiente que

3. Un cable es la décima parte de una milla marina (1.852 metros) = 185 metros. Recordamos aquí las medidas de longitud del sistema anglosajón: una pulgada = 2,5 cm; un pie = 12 pulgadas = 30 cm; una yarda = 3 pies o 91 cm.

bebí al abandonar el barco, me produjo gran sensación de sopor. Me tumbé en la hierba, que era muy menuda y blanda, y no recuerdo haber dormido más profundamente en mi vida. El sueño duraría más de nueve horas, pues cuando desperté acababa de amanecer. Intenté ponerme en pie, pero no pude moverme, pues al estar tendido de espaldas me encontré con brazos y piernas firmemente sujetos por ambos costados al suelo, y la cabellera, que era larga y espesa, atada de la misma manera. Noté asimismo varias sutiles ligaduras que me cruzaban el tronco, desde los sobacos a los muslos. No podía mirar más que hacia arriba; el sol empezaba a calentar y la luz me molestaba en los ojos. Oía un ruido confuso a mi alrededor pero mi postura no me dejaba ver más que el cielo. Al poco rato sentí una cosa viva que se movía en mi pierna izquierda y que avanzando lentamente sobre el pecho llegó casi a la barbilla. Entonces, bajando la mirada cuanto me fue posible, advertí que se trataba de un ser humano que no levantaba más de seis pulgadas, con un arco y una flecha en las manos y un carcaj en la espalda. Al propio tiempo sentí por lo menos cuarenta criaturas de la misma especie —o así creía— siguiendo a la primera. Yo estaba totalmente pasmado y di un alarido tan grande que todos retrocedieron despavoridos. Algunos, según me contaron después, se lastimaron al caer cuando saltaron de mis costados al suelo. Pero pronto volvieron y uno de ellos, que se aventuró hasta lograr una vista completa de mi rostro, alzando manos y mirada en señal de admiración, gritó en voz estridente pero

clara: «*Hekinah degul*». Los demás repitieron estas palabras varias veces, pero entonces yo no sabía lo que significaban. Todo este tiempo yo seguía tendido, presa, como el lector puede suponer, de gran zozobra. Por fin, luchando por soltarme, tuve la suerte de romper las cuerdas y de arrancar las estacas que sujetaban al suelo el brazo izquierdo, pues al levantar éste ante mis ojos descubrí qué medios habían usado para amarrarme. Al mismo tiempo, y de un violento tirón, que me hizo sentir intenso dolor, logré aflojar un poco las ataduras del lado izquierdo de mi cabellera, lo suficiente para poder girar la cabeza unas dos pulgadas. Pero aquellas criaturas volvieron a escapar antes de que pudiera atraparlas. Entonces hubo una gran algarabía de chillidos y, al cesar, oí una voz que gritaba: «*Tolgo Phonac*», a lo que siguió una descarga de más de cien flechas contra mi brazo izquierdo que sentí como otros tantos alfilerazos. Luego me dispararon otra descarga por elevación, como en Europa lanzamos las bombas, por lo que muchas me caerían, supongo, pues no las sentí, sobre el cuerpo y algunas en la cara, que me apresuré a cubrir con la mano izquierda. Cuando pasó este chaparrón de flechas rompí a gemir de dolor y aflicción y al esforzarme otra vez por soltarme recibí una nueva descarga, más grande que la primera, al tiempo que algunos de ellos intentaban hincarme sus lanzas en los costados, pero afortunadamente llevaba puesto un justillo de ante que no pudieron perforar. Me pareció lo más prudente quedarme quieto y era mi intención seguir así hasta la noche, ya que, suelto el

brazo izquierdo, me sería entonces fácil quedar libre de ataduras. En cuanto a los habitantes, tenía fundada confianza en ser capaz de enfrentarme al mayor ejército que pudieran reunir, si todos eran del mismo tamaño que los ya vistos. Mas el destino había dispuesto algo distinto para mí. Cuando aquellas gentes se percataron de que me quedaba quieto, dejaron de arrojarme flechas, pero, a juzgar por el ruido que oía, iban creciendo en número y, a unas cuatro yardas de mí, a la altura de mi oreja derecha, sonaron golpes durante más de una hora, como de gente trabajando. Luego, volviendo la cabeza en aquella dirección, en cuanto me lo permitían las cuerdas y las estacas, vi que se alzaba a pie y medio del suelo una plataforma con cabida para cuatro de aquellas criaturas, dotada de dos o tres escaleras para la ascensión. Desde allí, uno de ellos, persona de calidad al parecer, me dirigió un largo discurso, del que no entendí una palabra: Pero se me olvida mencionar que antes de que este personaje empezara su alocución gritó tres veces «*Langro dehul san*», palabras que, como las citadas antes, me fueron repetidas y explicadas más adelante. Al oírlas, se acercaron al punto unos cincuenta habitantes y cortaron las ataduras del lado izquierdo de mi cabeza, lo que me permitió volverme hacia la derecha y contemplar la figura y el gesto del que iba a hablar. Parecía ser de mediana edad y más alto que los tres que lo escoltaban, uno de los cuales era un paje que le llevaba la cola del manto, y que de estatura parecía poco mayor que mi dedo corazón; los otros dos se mantenían uno a cada lado para asistirle. El

personaje actuaba como un orador consumado y pude distinguir en su perorata pasajes amenazadores y otros en tono de promesa, compasión y benevolencia. Yo contesté con pocas palabras, muy sumiso, levantando la mano izquierda y los ojos al sol, como tomándolo de testigo. Pero como no había probado bocado desde varias horas antes de abandonar el barco y estaba casi muerto de hambre, no pude resistir los instintos naturales ni reprimir mi impaciencia —acaso infringiendo las reglas de urbanidad— y así llevé repetidas veces un dedo a la boca para indicar que quería comer. El *hurgo*, pues éste es el nombre que se da a un hombre principal, como supe después, me entendió perfectamente. Descendió entonces de la plataforma y ordenó que arrimaran a mis costados varias escaleras, por las que treparon más de cien de aquellos seres, que luego avanzaron hacia mi boca, cargados de cestas repletas de carne facilitada y enviada por orden del Rey, en cuanto éste tuvo noticia de mí. Pude observar que se trataba de la carne de varios animales, pero no fui capaz de identificarlos por el sabor. Había paletillas, pernils y lomos, semejantes en forma a los del cordero, muy bien aderezados, pero más pequeños que las alas de una alondra. Los fui comiendo, tomando dos o tres en cada bocado, y las hogazas de pan, del tamaño de balas de mosquete, de tres en tres. Ellos se esforzaban sin descanso en tenerme bien abastecido y mostraban de mil maneras su pasmo y asombro ante la mole y el apetito que contemplaban. Les hice entonces notar por señas que tenía sed, y ellos, que se ha-

bían percatado viéndome comer de que no me saciaba fácilmente, como eran sumamente ingeniosos, izaron primero e hicieron rodar hacia mi mano uno de sus barriles más grandes y le hicieron saltar la tapa. Yo lo apuré de un trago, lo cual fue fácil, pues no cabía en él un cuartillo; sabía como vino ligero de Borgoña, pero era mucho más exquisito. Luego me trajeron otro barril que vacié de igual manera, indicando que quería más, pero no tenían qué darme. Cuando hube ejecutado estos portentos, gritaron alborozados y bailaron sobre mi pecho, repitiendo una y otra vez, como antes, las palabras «*Hekinah degul*». Me hicieron seña de que les echara los dos barriles, pero advirtiéndome primero a los de abajo que dejaran sitio libre y gritando «*Borach mivola*». Cuando vieron las cubas por el aire, hubo un griterío general de «*Hekinah degul*». Confieso que mientras los sentía avanzar y retroceder sobre mi cuerpo estuve varias veces tentado de echar mano a los primeros cuarenta o cincuenta que se pusieron a mi alcance para arrojarlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que ya había padecido, y que no era probablemente lo peor que podían hacerme, así como mi compromiso de honor (pues así interpretaba yo mi sumiso comportamiento) pronto disiparon estos antojos. Además yo me sentía ahora ligado por las reglas de la hospitalidad a un pueblo que me había tratado con tanto dispendio y magnificencia. Sin embargo, cuando lo pensaba, no podía asombrarme bastante de la intrepidez de estos diminutos mortales que, teniendo yo libre una mano, habían osado trepar y pasearse por mi cuerpo sin

temblar a la mera vista de una criatura tan portentosa como yo tenía que parecerles. Pasado algún tiempo, al notar que yo no pedía más comida, apareció ante mí un personaje de calidad enviado por Su Majestad Imperial. Su Excelencia, después de trepar sobre mí por la panto-rrilla derecha, avanzó con su séquito de más de doce personas hasta mi rostro, y sacando sus credenciales, garantizadas por el sello real, las extendió ante mis ojos y habló durante unos diez minutos sin el menor signo de enojo, pero con cierta firme resolución, apuntando a menudo hacia delante, donde, como supe después, estaba situada la capital de la nación, a media milla más o menos, y adonde se había acordado, en consejo, por Su Majestad que me habían de transportar. Yo repliqué con breves palabras, que de nada sirvieron, e hice un gesto con la mano libre acercándola a la otra (por encima de la cabeza de Su Excelencia, para no lastimarle a él ni a su séquito) y luego a la cabeza y al tronco indicando así mi deseo de que me soltaran. Al parecer él me entendió de sobra, pues mostró su disconformidad sacudiendo la cabeza e indicó con un gesto de su mano que yo había de ser conducido como prisionero. Hizo, sin embargo, otras señas para darme a entender que iba a recibir comida y bebida suficiente y un buen trato. Entonces volví a sentir la tentación de romper mis ataduras, pero una vez más, al notar el escozor de sus flechazos en el rostro y manos, cubiertos de ampollas y con muchos dardos todavía clavados, y observando que iba creciendo el número de mis enemigos, les hice saber por señas que podían hacer de

mí lo que gustasen. Con esto el *hurgo* y su séquito se retiraron con mucha cortesía y alegres semblantes. Poco después oí un clamor general en el que se mezclaban repetidamente las palabras «*Peplom selan*» y sentí en el costado izquierdo una multitud de gente que estaba aflojando mis ligaduras hasta permitirme dar la vuelta sobre el lado derecho, y así descargar mi vejiga, lo que hice copiosamente ante el asombro de aquellas gentes que, sospechando por mis gestos lo que iba a hacer, se corrieron a izquierda y derecha de aquel lado para esquivar el torrente ruidoso y violento que de mí partía, pero ya antes me habían untando la cara y las manos con una especie de ungüento de olor agradable que en pocos minutos me quitó el escozor de los flechazos. Todo ello, añadido al alivio y aliento que me habían procurado la comida y la bebida, ambas muy nutritivas, me predispuso al sueño. Estuve dormido unas ocho horas, según me aseguraron después; no era de extrañar, pues los médicos, por orden del Emperador, habían mezclado con el vino de los barriles un somnífero.

Parece ser que, tan pronto como me descubrieron durmiendo en el suelo al tocar tierra firme, supo el Emperador de mí por un correo urgente y decidió en consejo que me ataran de la manera ya descrita, lo que fue ejecutado por la noche, mientras yo dormía. Del mismo modo se había decidido que me procuraran comida y bebida abundantes y que se preparase un artefacto en que transportarme a la capital.

Una decisión así puede parecer acaso muy osada y

perigrosa, y confío en que ningún príncipe europeo la imite en trance semejante. Pero fue, a mi juicio, sumamente prudente y liberal, pues suponiendo que aquella gente hubiera intentado matarme mientras dormía, yo me habría despertado a la primera sensación de dolor, lo que hubiera excitado en mí rabia y bríos suficientes para hacer saltar las ataduras que me sujetaban. Incapaces de ofrecer resistencia, no hubieran podido esperar clemencia de mí.

Este pueblo tiene muy singular disposición para las matemáticas y ha alcanzado gran perfección en la mecánica, por el aliento y estímulo que reciben del Emperador, famoso protector del saber. Este príncipe dispone de varias máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otras cargas pesadas. Sus navíos de guerra, que alcanzan a veces nueve pies de largo, los construye a menudo en los bosques que producen la madera y los manda llevar sobre estas máquinas hasta el mar a una distancia de trescientas o cuatrocientas yardas. Quinientos carpinteros e ingenieros se pusieron inmediatamente a la obra para preparar la máquina más grande que tenían. Era un armazón de madera, de siete pies de largo por cuatro de ancho, que se movía, a tres pulgadas del suelo, sobre veintidós ruedas. El clamor que yo había oído se debía a la llegada de este artefacto, que al parecer se había puesto en marcha cuatro horas después de mi arribada. Cuando lo hubieron traído, lo colocaron paralelo a mi cuerpo tendido, pero lo más difícil era levantarme y ponerme encima. Para lograrlo clavaron en el suelo

ochenta postes de un pie de altura y engancharon cuerdas muy recias, del tamaño de cordeles, a una serie de vendajes que los operarios me habían ceñido al cuello, manos, tronco y piernas. Novecientos hombres, de los más fuertes, se encargaron de tirar de estas cuerdas utilizando unas poleas sujetas a los postes, de suerte que en menos de tres horas me habían izado y depositado en la máquina, donde quedé firmemente amarrado. Sé esto porque me lo contaron, pues durante todas estas tareas yo dormía profundamente, por el efecto del somnífero vertido en la bebida que me dieron. Mil quinientos caballos, entre los mayores del Emperador, de unas cuatro pulgadas y media de alzada cada uno, se necesitaron para trasladarme a la capital, la cual, como he dicho, distaba media milla.

Unas cuatro horas después de empezar el viaje me despertó un accidente muy ridículo. Al detenerse el carrromato un momento para arreglarse algo que se había estropeado, dos o tres de los nativos jóvenes sintieron curiosidad por ver qué aspecto tenía yo cuando dormía, así es que treparon al vehículo y avanzando muy suavemente hasta mi rostro uno de ellos, oficial de la guardia, metió la punta de su pica un buen trecho en la ventana izquierda de mi nariz, lo que, como si fuera una paja, me produjo un cosquilleo que me hizo estornudar violentamente; hecho esto, se alejaron sigilosamente. Hasta pasadas tres semanas no supe la causa de mi súbito despertar. El resto de la jornada transcurrió en una larga marcha y por la noche descansamos. Yo tenía quinientos guardias



a cada lado, la mitad con antorchas y la otra mitad, con arcos y flechas, dispuesta a disparar si yo intentaba moverme del sitio. A la mañana siguiente, con la salida del sol, continuamos la marcha llegando a mediodía a doscientas yardas de las puertas de la ciudad. El Emperador y toda su corte salieron a nuestro encuentro, pero los altos dignatarios no permitieron que Su Majestad corriera peligro trepando encima de mi cuerpo.

En el lugar donde se detuvo el carromato se alzaba un antiguo templo, considerado el mayor de todo el reino, el cual, mancillado años antes con un asesinato monstruoso, era tenido, de acuerdo con la devoción de aquel pueblo, por lugar profanado, y destinado por tanto al uso público, después de haber retirado muebles y ornamentos. En este edificio se había decidido que me alojara yo. La gran puerta de la fachada norte tenía unos cuatro pies de altura por dos de ancho y arrastrándome podía pasarla fácilmente. A cada lado de la puerta había una ventana, a menos de seis pulgadas del suelo. En la de la izquierda los herreros del Rey sujetaron noventa y una cadenas como las que cuelgan en Europa de los relojes de señora y casi del mismo tamaño, las cuales quedaron fijadas a mi pierna izquierda por treinta y seis candados. Enfrente de este templo, al otro lado de la gran calzada y a unos veinte pies de distancia, se alzaba una torre de cinco pies por lo menos. A ella subió el Emperador con muchos señores principales de la corte para poder contemplarme, según me dijeron, pues yo no podía verlos. Se calcula que salieron de la ciudad más de cien mil per-



sonas con el mismo propósito, y a pesar de mis guardias, creo que no menos de diez mil fueron los que, en una u otra ocasión, subieron encima de mí con ayuda de escaleras. Pero pronto se difundió un pregón prohibiéndolo bajo pena de muerte. Cuando los operarios se dieron cuenta de que era imposible que me soltara y escapara, cortaron las cuerdas que me tenían atado y entonces me puse en pie tan atribulado como nunca había estado en mi vida. No se puede describir el alboroto y asombro de aquella gente al verme levantar y andar, pues las cadenas que sujetaban mi pierna izquierda tenían unas dos yardas de largo y me permitían no sólo dar unos pasos hacia delante o atrás en un semicírculo, sino que por estar aseguradas a cuatro pulgadas de la puerta, me permitían también deslizarme por ésta y tenderme entero dentro del templo.